



Capítulo 560: Encuentro interesante

Por un segundo nadie respiró.

La petición de Virgilio flotaba en el aire como una blasfemia, una afrenta flagrante a las fuerzas armadas mejor entrenadas del mundo.

Agentes de Interpol y del FBI, con las armas en alto, permanecieron inmóviles. Algunos tenían los dedos temblorosos en el gatillo, pero ninguno se atrevió a disparar. Era como si su orden tuviera más peso que cualquier protocolo, como si su voz fuera la ley en ese momento.

Natasha lo miró pálida, con la boca medio abierta. Ella no sabía si gritar, ordenar fuego o simplemente reírse de lo absurdo. Vergil, como siempre, había transformado la gravedad del momento en un escenario de vodevil—y, sin embargo, nadie dudaba de que controlaba cada detalle.

Kaguya se rió suavemente, un sonido cristalino que resonaba como campanas malvadas.

"¿Ves?" Ella susurró, aferrándose a su brazo. "Aquí nadie está interesado, vámonos."

Alexa resopló, mostrando sus colmillos con una sonrisa lasciva.

"Sí, ¿nos vamos?" Su voz era puro veneno. "No quiero quedarme aquí ni un segundo más."

Hela, todavía inmóvil ante las luces pulsantes de Las Vegas, inclinó la cabeza. Su sonrisa no se desvaneció, pero algo en sus ojos cambió.



Por primera vez en siglos, alguien se atrevió a tratarla como a otra diosa inofensiva.

Virgilio no le tenía miedo. Él no la adoraba. Él simplemente... jugó.

Y lo aterrador fue que funcionó.

"Te has vuelto loca..." susurró Natasha, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

Virgilio dirigió su mirada perezosa hacia ella. El azul de sus ojos brillaba como acero pulido bajo el fuego.

"Ah, directora..." dijo con falsa compasión. "Es ese dicho, ¿verdad? La locura es como la gravedad: sólo hace falta un pequeño empujón."

Extendió la mano, como si realmente esperara que alguien le trajera las llaves de su Lamborghini, como un rey esperando el cáliz en un banquete.

Silencio absoluto.

Los agentes se miraron nerviosos. Ningún protocolo cubría esto.

Entonces, como si el universo mismo no pudiera soportar la tensión, uno de los hombres de traje —un agente joven, con los ojos muy abiertos y el sudor en la frente— dio un paso vacilante hacia adelante. Le temblaba la mano, pero sostenía una radio. Su voz se hizo añicos como un cristal mientras decía:



"¿Qué... cuál es la matrícula, señor?"

El silencio explotó en estado de shock.

Alexa se rió a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, esa risa salvaje que era a la vez tentadora y amenazante. Kaguya simplemente cerró los ojos, satisfecha, como si acabara de escuchar un juramento de adoración.

Virgilio sonrió.

Una sonrisa lenta y profunda, llena de triunfo.

"Ah..." Respiró profundamente y saboreó el momento. "Es un maldito Aventador Dorado, ¿crees que hay uno igual?"



Inclinó la cabeza, fijando sus ojos acerados en el joven agente, y dijo teatralmente, rebosante de sarcasmo y encanto mortal:

"Continúa, ¿por qué te quedas quieto?"

Nadie se atrevió a reír.

Pero en el fondo todo el mundo lo sabía: toda la ciudad, Las Vegas, la capital del pecado, acababa de ser rebautizada bajo la sombra de Virgilio.

Hela, mirando en silencio, entrecerró la mirada. Algo en su expresión se endureció, como si finalmente reconociera que esta noche no sería sólo una cacería... sería un duelo.



Vergil se enderezó la chaqueta con un gesto modesto, como si simplemente estuviera esperando que un camarero le trajera su bebida favorita y no decenas de armas apuntándole. El Aventador dorado era sólo un detalle; El verdadero espectáculo estaba ahí, de la misma manera que todos —FBI, Interpol, civiles escondidos detrás de las barricadas— se habían convertido en meros extras en su escenario.

Su mirada se elevó, perezosa pero afilada como una espada, hasta que encontró a Hela nuevamente. Ella no se había movido. El viento nocturno sopló mechones negros contra su rostro, pero sus ojos esmeralda permanecieron fijos en él, duros, impasibles.

Vergil se rió suavemente. Un sonido ronco, casi íntimo, que hizo que Alexa gruñera de irritación y Kaguya levantara una ceja de intriga.

Inclinó la cabeza y habló como en privado, aunque su voz profunda resonó en el pesado silencio:

"Eres bastante bonita, ¿eh?" La sentencia salió con una honestidad peligrosa, atravesada por el suave sarcasmo que era exclusivamente suyo. "Pero dime... ¿por qué sigues aquí?"

Dio un paso adelante y el asfalto brilló bajo las luces de neón. El aire parecía volverse más pesado, como si incluso el desierto de Nevada contuviera la respiración.

"Adelante," añadió, con una sonrisa perezosa que ocultaba una amenaza implícita. "Voy a contener a esos tipos molestos por ti. Te han estado siguiendo por un tiempo, ¿no?"



Las palabras cortan el aire como veneno. El murmullo que surgió entre los agentes fue inmediato. Los ojos se cruzaron y Natasha se puso rígida, con los ojos muy abiertos. Vergil había expuesto algo que nadie debería saber.

Hela no respondió de inmediato. Ella simplemente arqueó una ceja, como si su audacia fuera a la vez un insulto y... un reconocimiento. Su boca se curvó en una sonrisa apenas perceptible, fría, pero no carente de encanto.

Natasha dio un paso adelante con la voz temblorosa.

"¡No le escuches! Ella es peligrosa, ella—"

Virgilio levantó la mano y la interrumpió instantáneamente, como un director que silencia una orquesta.

"¿Peligroso?" Repitió, mirando primero a Natasha y luego nuevamente a Hela.
"Por supuesto que lo es. ¿Pero quién no está aquí? Quiero decir..."



El silencio era tan denso que parecía como si incluso las luces de neón contuvieran la respiración.

Su mirada se extendió con una calma blasfema, ignorando las docenas de armas levantadas, ignorando el sudor de los agentes, ignorando la tensión a punto de explotar. Entonces, de repente, se detuvo.

Una sonrisa perezosa curvó sus labios. Vergil levantó su mano enguantada y señaló el cielo de Las Vegas, donde la luna brillaba sobre rascacielos y carteles parpadeantes.



"Mira..." dijo, con una voz tan ligera que casi parecía burlarse de la gravedad del momento. "Hay algunas personas volando allí."

Los ojos de todos se levantaron instintivamente. Entre las sombras, mujeres discretas, demasiado rápidas para ser meros humanos, se movían por el aire.

Virgilio se rió, bajo y ronco.

"Deben estar locos para intentar asesinar a esta mujer", añadió, señalando abiertamente a Hela.

El efecto fue inmediato. Un murmullo recorrió las filas de los agentes, algunos amartillaron sus armas con más fuerza y Natasha palideció por completo. Se había arrancado en voz alta la máscara de su operación encubierta, como si fuera sólo un comentario casual.

Hela se quedó quieta. Sólo sus ojos verdes brillaban con algo diferente —no sorpresa, sino reconocimiento. Quizás por primera vez alguien estaba leyendo el juego antes que ella.

Fue en ese momento cuando el sonido rompió la tensión.

"Domnule!" La voz temblorosa del mismo joven agente resonó y corrió hacia el trío. "¡Tu coche... ya está aquí!"

Y allí estaba: un Aventador dorado, deslizándose a través de la línea de agentes como una bestia lujosa en medio de un campo de batalla. El motor rugió bajo, metálico, como riéndose de la seriedad de todos.



Virgilio giró la cabeza, observando, y luego volvió su mirada hacia Hela. Sus ojos azules brillaban con una intensidad casi infantil, pero llenos de travesuras.

"Bueno..." dijo, enderezándose la chaqueta con el gesto de un rey aburrido.
"Supongo que esa es mi señal."

Dio unos pasos atrás, arrastrando a Alexa y Kaguya con él, como si fuera una noche más en Las Vegas, nada más.

Sin embargo, antes de subir al coche, se detuvo. Se volvió hacia Hela y la miró con una sonrisa peligrosa.

"Nos vemos por ahí, Hela," murmuró, con la voz profunda y baja, como una promesa y un desafío al mismo tiempo. "Pero la próxima vez... ¿saldremos a tomar algo?" Me encantaría pasar tiempo con una mujer interesante como la Regente del Inframundo.

El Aventador rugió como un trueno y en cuestión de segundos el trío desapareció por el Strip, dejando atrás a agentes atónitos, a Natasha en shock y a Hela inmóvil a la luz de la luna.

Hela se volvió hacia Natasha.

"Humana," dijo en serio.

"Sí, m-su majestad," Natasha tartamudeó.

"Ese hombre. ¿Quién es él?"



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"V-Vergil... él es... el Quinto Gran Rey Demonio."

Hala miró las huellas de los neumáticos del Lamborghini y suspiró... "Qué interesante..."

